

"El P. Flores y su Español
seguro"

Discurso de ingreso en la Acade-
mia de la Historia del Sr. Obispo
de Madrid Alcalá J. José M^o
Salvador y Barrene

(Publicado en la Revista del Clero Es-
pañol - Marzo 1914 y Abril 1914)

REVISTA DEL CLERO ESPAÑOL

PUBLICACIÓN MENSUAL

El Sr. Obispo de Madrid-Alcalá, Académico de la Historia.

El día 1.º de Marzo fué recibido en la Real Academia de la Historia el Excmo. é Ilmo. Sr. D. José María Salvador y Barrera, Obispo de Madrid Alcalá.

S. M. el Rey se dignó presidir el solemne acto, teniendo á su derecha al Excmo. y Rvmo. Señor Nuncio de S. S., y á su izquierda al R. P. Fita, Director de la Academia.

Ministros de la Corona, altos dignatarios de la Iglesia, académicos de diversos títulos ocupaban los estrados, mientras un público distinguidísimo llenaba el fondo del salón, en el que parecían haberse dado cita cuantas notabilidades de todo linaje encierra la capital de España, para testimoniar su respeto y su adhesión al doctísimo Prelado.

ST
WM

+ 1133452
C.

Leyó éste su Discurso de recepción, y fué contestado por el miembro y censor de la misma Academia D. Francisco Fernández de Béthencourt, que supo delinear con vigorosas pinceladas la ilustre personalidad del nuevo académico, en quien tan honrosamente rivalizan y tan maravillosamente se hermanan los prestigios científicos del sabio con el consumado celo y la exquisita prudencia del obispo. La selecta concurrencia subrayó con repetidos aplausos la hermosa oración del erudito historiador de nuestras tradiciones nobiliarias.

La **Revista del Clero Español**, justamente orgullosa de esta nueva y altísima consagración de las excepcionales cualidades y méritos de su Prelado, une su respetuosa felicitación á las muchas que recibiera el Señor Obispo de Madrid-Alcalá de los más altos representantes de la cultura patria en el memorable acto que le abrió las puertas de la Real Academia de la Historia

EL P. FLÓREZ

Y SU ESPAÑA SAGRADA ⁽¹⁾

SEÑORES ACADÉMICOS:

No hay nada que agobie y humille tanto nuestro ánimo como las mercedes cuando se reciben sin merecerlas. Por esto siento yo el mío hoy cohibido y como atajado al presentarme ante vosotros para responder á la que me dispensasteis, tan singular y tan grande, llamándome á ocupar una silla en esta Real Academia, custodio preclaro y diligente de todo cuanto en los siglos que pasaron es alma y vida de nuestra historia nacional, y como santuario venerando donde se conserva con amor filial, y se guarda con devoción reverente, cuanto nos legaron nuestros mayores para enseñanza, regocijo y enaltecimiento de nuestra raza.

Siempre que he pensado, lleno de confusión y agradecimiento, en aquel generoso acto de bondad que tuvisteis conmigo, no pudiendo considerarlo como premio de propios merecimientos, de los que estoy tan ayuno y menesteroso, he tenido que estimarlo como un testimonio de respeto á la memoria de dos varones insignes, honor y ornamento de esta Real Academia, en cuyo seno dejaron huellas tan luminosas de su sabiduría y de sus talentos, que por haber alumbrado con las luces de su profundo saber y enriquecido con el fruto de sus investigaciones y perseverantes trabajos las mismas aulas de la famosa Abadía granadina del Sacro-Monte en que yo, después de haber tenido la dicha de reci-

(1) Discurso del Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá en el acto de su recepción en la Real Academia de la Historia.

bir toda mi educación literaria, ejercí el profesorado en la enseñanza de la Historia durante toda mi vida sacerdotal, me habéis dispensado el honor de considerarme, en las por tantos títulos célebres Cátedras Sacromontanas, como eco de aquellos dos sabios maestros, de quienes lo fuí, en efecto, si bien débil y lejano, más aún que por las lejanías del tiempo, por las que separan mi insignificante labor científica de la sabiduría y autoridad de los que fueron tan acertados y diligentes historiadores, á cuyo magisterio me ajusté en todo lo que fué objeto preferente de sus investigaciones, y cuyos pasos procuré seguir siempre, aunque á la distancia que las estrellas menores y fugaces siguen á los astros de primera magnitud, como lo fueron ciertamente, y lo seguirán siendo en las ciencias históricas, D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe y D. Juan de Cueto y Herrera.

Deudo y discípulo el primero del segundo, á quien debió su iniciación en el estudio de la Geografía de la España primitiva y en las investigaciones de nuestras antigüedades históricas, que había de enriquecer luego tanto con sus sabias enseñanzas y sus descubrimientos, lo presentó á esta Real Academia en la sesión solemne celebrada el 14 de Junio de 1857, que le abrió de par en par sus puertas para confiarle la continuación del P. Flórez, en cuyo importantísimo y honroso encargo, apenas comenzado por el antiguo y benemérito Canónigo del Sacro-Monte, D. Juan de Cueto, Magistrado á la sazón del Supremo Tribunal de la Rota, le sorprendió la muerte, con mengua y daño de labor tan principal en las tareas de esta Academia y dolor de todos los amantes de los estudios históricos, y singularmente de su devoto discípulo y fervoroso admirador y amigo D. Aureliano.

Y para que todo sea granadino en mi elección, me habéis designado la silla dos veces vacante por la desaparición de dos hijos ilustres de aquella ciudad, cuya fecundidad en dar hombres ilustres para gloria y regocijo de las artes y de la ciencia es sólo comparable con la noble alteza de sus destinos en la Historia: la de D. Juan Facundo Riaño, que dejó en esta casa tantos recuerdos de su cultura extraordinaria tan intensa como varia, atesorada por la actividad incansable y fina penetración de su clarísimo ingenio, y la de D. Federico Olóriz y Aguilera, al que, no obstante lo que agujijoneaba constantemente su espíritu el deseo de

corresponder á vuestro llamamiento para tomar parte en las tareas de esta Academia, sucediendo á su insigne y admirado paisano, se lo estorbaron aquellos tan interesantes y hondos trabajos, que tuvieron siempre embargado su poderoso entendimiento, con tanta gloria y provecho del desarrollo y auge que han alcanzado en estos últimos tiempos las ciencias médicas en nuestra Patria.

Tuvo Granada una época tan afortunada en el siglo XIX, en punto á producir hombres para exaltación y gloria de la literatura y de las artes, que no hay ninguna ciudad ni región en España que le aventaje ni quizás que le iguale. De edad de oro de aquella ciudad me atrevería yo á calificarla, y no temo que pueda estimarse de hiperbólico lo que afirmo, aun cuando añadiera que en aquellos años gloriosos tuvo en aquel suelo privilegiado su trono el ingenio humano, con todos los encantos de sus gracias y todas las maravillas de sus creaciones; habiendo florecido, como florecieron durante aquellos dichosos días, los hombres que formaron la famosa *Cuerda granadina* (1), de cuya largueza en gloria y lustre para nuestra cultura literaria y artística dan la medida los nombres de D. Pedro Antonio de Alarcón, D. Manuel Fernández y González, Fernández Giménez, Castro y Serrano, Lirola, Mariano Vázquez, Afán de Rivera, Manuel del Palacio y Riaño, que cito el último, no porque fuera inferior la categoría de su talento é ilustración, tan extraordinaria y sobresaliente como la del que más, sino porque fué el que menos convivió con ellos en el período más floreciente de los trabajos literarios, proezas y aventuras, que de todo hubo en aquella celebérrima *Cuerda*, por el viaje que emprendió por Europa en cuanto terminó sus carreras de Derecho y de Filosofía y Letras en la imperial Universidad granatense, y por su larga permanencia en Roma primero, y después en Londres, donde fué á satisfacer sus ansias de saber nutriendo su espíritu de cultura de primera mano en los estudios é investi-

(1) Se llamó así á una colección de jóvenes que se reunían en casa de Pablo *el Ruso*. Era conocido con este nombre un artista de aquella nación que fué enviado por su gobierno á Granada con objeto de estudiar los primeros artísticos y arquitectónicos de la sala de las Dos Hermanas de la Alhambra.

gaciones á que se consagró en las Academias, Bibliotecas y Museos de aquella populosa ciudad, mientras llenaba su alma y la recreaba con las impresiones estéticas y las enseñanzas del arte para las cuales la tenía, por su propia y natural propensión, tan abierta y bien templada. Porque la exquisita delicadeza y flexibilidad del alma de Riaño para la contemplación del arte, y por ella remontarse al estudio de los principios sobre que descansan sus leyes y las causas de sus vicisitudes, de sus orientaciones y variados matices en la Historia, es como la nota característica que se acentúa y sobresale en todos los trabajos que produjo su felicísimo y fecundo ingenio, como en todas las manifestaciones de su actividad y de su talento. De tal manera, que no bastaron á apagarla, y ni siquiera á amenguarla en su ser, las graves obligaciones que solicitaron su atención en los importantes cargos que desempeñó en la política y en la Administración pública. Diputado, Senador, que lo fué diferentes veces por la Universidad de Granada y por la Academia de Bellas Artes de San Fernando, de la que fué también Director hasta su muerte; Consejero de Instrucción pública, de Estado y Ministro del Tribunal de lo Contencioso del mismo alto Cuerpo consultivo; porque todo esto fué, dejando en tan altos cargos, con la expresión de su alta y profunda mentalidad y vasta cultura, el sello de probidad edificante y ejemplar pulcritud de sus actos; no habiendo jamás dejado de manifestarse en medio de ocupaciones tan complejas y tan diversas la vocación predominante del ilustre y sabio Profesor de la cátedra de la Teoría é Historia de las Bellas Artes en la Escuela Superior de Pintura, primero, y después, desde 1863 hasta su muerte, en la Superior de Diplomática, en cuyas lecciones y conferencias dejó tan fecunda y preciosa semilla de su mucho saber.

La mera narración de sus libros, discursos y numerosas monografías, artículos é informes publicados en revistas literarias y artísticas y en los boletines de esta Academia y de la de San Fernando, bastaría para probar esta verdad, que con la idoneidad y perspicacia de su espíritu para la crítica y su modestia tan sincera, que llegaba hasta la desconfianza de sí mismo, estorbando en muchas ocasiones el poderío de su entendimiento tan bien preparado para grandes empeños, forman la fisonomía moral y artística de aquel hombre que, como dijo acertadamente de él D. Emi-

lio Nieto (1) al sucederle en el sillón que dejó vacante en la Academia de San Fernando, fué «mezcla feliz de la seriedad británica y de la gracia meridional, frío de apariencia y vehementísimo en sus sentimientos, calmoso en sus actos y regocijado y ocurrente en la conversación, malicioso y cándido á la vez, entusiasta creyente en la virtualidad del arte y escéptico y resignado en cuanto á sus efectos inmediatos».

Entre sus libros son muy interesantes y dignos de especial mención el que consagró al estudio de la *Música antigua española*, escrito en inglés, llenos de datos curiosísimos y de geniales y muy certeras observaciones, y el titulado *Artes industriales en España*, escrito en el mismo idioma, obra verdaderamente magistral en que se describen los objetos de oro, plata, bronce y hierro, muebles, marfiles, porcelanas y demás objetos de carácter artístico, fabricados en España, comparándolos con los de otros pueblos. Es de lamentar que obra tan importante, la más completa quizá que poseemos acerca de nuestro arte decorativo, no haya sido traducida todavía, después de tantos años, á nuestra lengua. Como lo es también que le sorprendiera la muerte cuando se ocupaba en el estudio sobre las *Inscripciones Cúficas* que hubiera venido á ilustrar y á llenar un vacío en esta parte tan importante de la epigrafía española.

Entre sus trabajos académicos sobrasalen su discurso de ingreso en esta Real Academia y en la de Bellas Artes de San Fernando, sobre las *Obras de Alfonso X*, el primero, y los *Orígenes de la Arquitectura Árabe*, el segundo, trabajos ambos de erudición tan copiosa y de tan buena ley, de tan fina y subida crítica, que bien puede decirse que agotó en ellos la materia, con una competencia tan autorizada, por lo bien documentada, que rinde y subyuga el espíritu más descontentadizo y escrupuloso.

Las monografías sobre asuntos de arquitectura como *El Palacio árabe de la Alhambra* y *La fortaleza de la Alhambra*, y sus artículos acerca de Arte, de Literatura y de Historia, llenan las colecciones, correspondientes á su tiempo, de la *Revista de España*, de la de *Archivos, Bibliotecas y Museos*, de los *Boletines de*

(1) En su discurso de recepción en la Real Academia de San Fernando. Madrid, 1902.

esta Real Academia y la de *San Fernando* y *The Athenaeum* de Londres, de la que fué asiduo colaborador y en la que escribía anualmente uno de literatura contemporánea; habiendo dejado en todos esos trabajos copiosos frutos de sus perseverantes investigaciones y de la inagotable actividad de su entendimiento, con datos preciosos llenos de luz y de acertadas orientaciones para la ciencia y para la crítica.

A un espíritu culto, como el de Riaño, y tan amante de la cultura de su patria, no podía ocultársele la importancia de los problemas pedagógicos, y singularmente en lo tocante á la enseñanza primaria y á la artística, asunto de tan capital importancia para la educación de los pueblos, que ya venía siendo objeto de preferente atención de parte de los sabios y de los hombres de Estado, aunque no tanto en España, ni con tanta solícitud como en otros pueblos de Europa; por lo cual bien puede asegurarse que entre nosotros se anticipó á su propio tiempo con su reforma de la *Escuela central de Maestras de Madrid*, la creación del *Curso especial de párvulos* con su patronato de señoras, y el *Museo pedagógico de reproducciones artísticas*, del que, más que inspirador y propulsor, fué su verdadero fundador y alma y aliento de esta institución docente, de la cual esperaba tan felices resultados y provechos para el arte nacional, al que consagró, durante toda su vida, todas las energías y fervores de su espíritu.

Tal es á grandes rasgos, aunque oscuros y borrosos por no consentir otra cosa la torpeza de mi pluma, la figura sobresaliente por su talento y por su saber, tan justificado y bien probado, del ilustre académico é insigne catedrático á quien por pura benevolencia vuestra vengo yo á suceder, tan lleno de admiración por el sabio maestro, como vacío de merecimientos. Para presentarme con alguno, siquiera hoy, que voy á ocupar por vez primera la silla que me habéis designado, he elegido el tema del P. Flórez y su *España Sagrada*, que es por sí sólo bastante y sobrado para solicitar vuestra atención, por grande que sea mi incapacidad é insuficiencia, y desaliñado y mezquino lo que, al desarrollarlo, haya de decir ante vuestra ilustrada consideración.

I

Cuando los estudios teológicos alcanzaban en nuestra patria un grado de florecimiento no superado por ninguna nación católica, como con su acierto de siempre dice el que fué ilustre Director de esta Academia, D. Marcelino Menéndez y Pelayo (1), y se inauguraba el período crítico del Derecho canónico con los trabajos de Antonio Agustín, el Obispo de Segorbe D. Juan Bautista Pérez, y la colección de Loaysa entre otros, que sirvieron de estímulo y prepararon á la vez los primeros avances de la crítica de la historia patria, que, apartándose de las narraciones fabulosas de Annio de Viterbo y Florián de Ocampo, había comenzado á levantar su vuelo en manos tan diestras, guiadas por espíritus tan claros y tan amantes de la verdad como los de Ambrosio de Morales, Sandoval, Zurita y Mariana, un acaecimiento enojoso, expresión y síntesis de las concupiscencias humanas que suelen sombrear, á veces, con sus obscuridades las luces del entendimiento, vino á extraviar y entorpecer tan feliz augurio de renacimiento de los estudios históricos en España. Me refiero á aquella colección de osados falsarios que, secundados por la credulidad y ligereza de historiadores de pueblos y ciudades, formaron á manera de una verdadera secta que llegó á hacer de la fábula y de la mentira histórica una profesión. Desde las absurdas risibles patrañas y fantásticas invenciones de la famosa Torre Turpiana de Granada á fines del siglo XVI, se extendieron por todas partes, llenando casi todo el siglo XVII y parte del XVIII de historias compuestas de las más extrañas invenciones y fábulas con que se empeñaron en involucrar y obscurecer nuestra historia nacional. Y como tenían tales falsarios por norma de conducta el erróneo principio de que el fin justifica los medios, aunque el fin se redujera á satisfacer ó halagar la vanidad de quien deseaba ó se complacía en encontrar en su ascendencia honroso entronque con la genealogía de reyes y príncipes verdaderos ó apócrifos, ó el de inventar algún suceso religioso que sirviera

(1) *Heterodoxos*, tomo I, segunda edición. Madrid, 1911.

para extender y sostener las tradiciones religiosas más ó menos fundadas en alguna comarca ó ciudad, era cosa admitida en la moral corriente entre los *falsos cronicones* al fraude de toda clase y el dolo; habiéndose llegado á extraviar, entre sus autores y amparadores, que tuvieron muchos, hasta tal punto la noción y excelencia de los estudios históricos, que algunos de ellos tuvieron el atrevimiento de defender que era lícito falsear la historia cuando el honor y el interés de la patria lo exigían.

No hay para qué detenerse en asunto tan triste y conocido de todos, y singularmente de esta Real Academia, que en cumplimiento de la nobilísima misión que la confiara su egregio fundador, el Señor Don Felipe V, viene consagrándose con tanta diligencia y esmero á la vindicación, custodia, expurgo y defensa de la verdad histórica, prestando con tan meritisima y provechosa labor tan excelentes servicios para la completa y total depuración de las falsedades y sombras que amontonaron sobre la misma los *falsos cronicones*. Básteme citar, entre otros, el del granadino Miguel de Luna sobre la *Historia de Don Rodrigo*, los del jesuíta toledano Román de la Higuera, que después de haber estado consagrado á iluminar la geografía antigua se dedicó á escribir vidas de santos é historias de viejas ciudades, cuyas obscuridades y lagunas llenaba con conjeturas y apreciaciones que acababa por afirmar como verdades inconcusas; Flavio Destro, Luiprando, Julián Pérez, Lupián Zapata, el del cronicón titulado *Hauberto Hispalense*; el de D. Servando y tantos otros, hasta llegar al Padre Echevarría, Conde y Flores, en quienes tuvo fin y remate aquella funesta pléyade de falsarios, verdadera desgracia nacional, con el proceso á que lo sujetó y condenó la Real Chancillería de Granada por los falsos descubrimientos y patrañas de la Alcazaba de aquella ciudad.

Es claro que el buen sentido de los que no fueron arrastrados por la general preocupación que invadió á España entera en favor de tan peregrinas é inverosímiles invenciones, no dejó de protestar contra ellas; pero calladamente, porque la popularidad y crédito de los *falsos cronicones* llegó á ser tan incontrastable que no se podía ir abiertamente contra ellos sin exponerse á molestias y disgustos, y aun á correr el riesgo de ser tildado con

nota de fe dudosa y aun de impiedad. El Arzobispo de Valencia, D. Fr. Isidoro de Aliaga, que se atrevió descaradamente á calificarlos de falsos, lo hizo sólo en carta particular y reservada dirigida á la Santidad de Gregorio XV.

Por eso Ambrosio de Morales, verdadero padre de la historia nacional, por haber sido el primero que enseñó que había que estudiarla teniendo á la vista los monumentos originales, y para confirmarlo con el ejemplo emprendió un largo viaje por iglesias y monasterios con el fin de registrar por sí mismo los archivos y sus códices, con lo cual, después de haberla iniciado, realzó tanto la crítica histórica, no dejó, á pesar de esto, de pagar tributo á las preocupaciones dominantes y de contemporizar con ellas. Y el mismo P. Mariana, aunque menos crítico que Morales, pero de espíritu recto y tan sagaz observador de cosas y de hombres, no atreviéndose á ir de frente contra los *falsos cronicones* por el temor de amenguar el crédito de su obra, se limita á decir, como Quinto Curcio, siempre que se refiere á los mismos, «traslado más que creo», ó á dejar adivinar al lector inteligente opiniones ó juicios que no creía conveniente manifestar.

Trajeron los *falsos cronicones* como necesario reato de sus perturbadores atrevimientos un grande y positivo retroceso en los estudios históricos. Pero no por esto murió el espíritu crítico del siglo XVI, que aunque parecía aletargado no esperó, como algunos creen, á la invasión de las ideas del siglo XVIII para dar nuevas muestras de vitalidad. «Precisamente, dice Menéndez y Pelayo (1), á los infaustos días de Carlos II corresponden con estricto rigor cronológico algunas de las obras más insignes de la crítica nacional: *Dissertationes ecclesiasticae*, del benedictino Pérez; las innumerables del Marqués de Mondéjar; la colección conciliar de Aguirre, que todavía espera quien dignamente la refunda, espurgue y complete; las dos bibliotecas de Nicolás Antonio, y su *Censura de historias fabulosas*. No hubo, pues, continúa el sabio maestro, verdadero renacimiento de los estudios históricos en tiempo de Felipe V, sino renacimiento de una escuela formada en el reinado anterior con pleno conocimiento de lo que en Italia y Francia se trabajaba.» Nicolás Antonio y el Cardenal

(1) *Heterodoxos*, *ibid.*

Aguirre pasaron buena parte de su vida en Roma, y el Marqués de Mondéjar mantuvo constante correspondencia con los eruditos franceses.

Generalizado cada vez más aquel movimiento de cultura, llegó á alcanzar su mayor grado de intensidad en el siglo XVIII. Ningún tiempo, asegura D. Marcelino en el mismo lugar á que antes me he referido, presenta mayor número de trabajadores tan desinteresados. La documentación histórica se busca y se recoge en los archivos más recónditos, sucediéndose y multiplicándose los viajes de exploración científica desde el reinado de Fernando VI hasta Carlos IV.

Gracias á esta intensísima y benemérita labor, llena de escrupulosa veracidad, apoyada en sólidos conocimientos y expuesta con método seguro y práctico, comenzaron á depurarse las fuentes narrativas de los tiempos medioevales, se formaron las primeras colecciones de fueros, cartas-pueblas y cuadernos de Cortes. Martínez Marina estudió las instituciones con el acierto y autoridad que revelan sus libros; Pons y Llaguno, Jovellanos, Cean y Bosarte cultivaron el campo de la Arqueología artística; el de la Numismática, Vázquez, Pérez Bayer y el maestro Flórez; la geografía antigua y la epigrafía romana recibió mucha luz á impulsos de las investigaciones y trabajos del Conde de Lumières, como la recibió también la historia literaria con la publicación, por don Tomás Antonio Sánchez, de un *Cantar de Gesta* (1); siendo, en fin, todos aquellos días de tan felices empeños época dichosa para la Historia, para la crítica y en general para el desarrollo de la cultura artística y literaria de nuestra patria.

Y como la Iglesia es como el eje alrededor del cual gira y se mueve toda nuestra historia nacional, á la historia eclesiástica se debe la mejor y principal parte de este gran movimiento que llena el siglo XVIII, cuya autoridad erudita se cifró toda, en opinión de Menéndez y Pelayo, en una obra y un autor: en la *España Sagrada* del P. Enrique Flórez (2).

(Continuará.)

(1) Menéndez y Pelayo, *ibid.*

(2) *Ibid.*

REVISTA DEL CLERO ESPAÑOL

PUBLICACIÓN MENSUAL

EL P. FLÓREZ

Y SU ESPAÑA SAGRADA

(CONTINUACIÓN)

II

El nacimiento en 1702 de este insigne hijo de San Agustín en la villa de Villadiego, de tierras de Burgos, cuando alboreaba el renacimiento de los estudios históricos que tanto auge habían de alcanzar en el siglo que comenzaba, parece que fué presagio venturoso de la parte principal que al ilustre agustiniano le había de corresponder en obra de tanta transcendencia y provecho para la ciencia española. Antes que la Historia, objeto preferente de la vocación de su espíritu en su edad madura, fueron las primicias de su entendimiento clarísimo para la Filosofía y la Teología, en cuyos estudios sobresalió tanto en las aulas de los Conventos de Salamanca y Valladolid, que el sabio maestro Rdo. P. Manso, anteponiéndolo á todos sus compañeros y condiscípulos, le nombró actuante para que defendiera ante los claustros universitarios de una y otra ciudad su doctrina de *virtutibus infidelium*, que era asunto sobre el cual se reñía, á la sazón, en las escuelas muy ruda y empeñada contienda. De cuyo honroso encargo salió tan airoso como del que recibiera de P. Avilés, uno de sus más sabios maestros, de escribir el cuarto tomo de la magistral obra de

Filosofía del P. Sierra, cuando todavía se hallaba en el periodo escolar de su fecunda y prodigiosa vida literaria.

Desde que se graduó de Maestro en la Complutense y fué incorporado á aquel glorioso claustro, Alcalá fué su residencia habitual durante veinticinco años; y allí, al calor del fuego sagrado, encendido por el amor al saber en aquella *Alma Mater* de la ciencia española, cuya soberanía é imperio compartía con la salmantina, fué donde el insigne Agustino comenzó á sentir predilección por los estudios históricos y literarios, que despertó y avivó en su espíritu el trato y correspondencia con los hombres más eminentes de su tiempo, que habían hecho de aquella ciudad centro y emporio del movimiento científico y literario del siglo XVIII.

Por los que conoció y trató en Alcalá y en Madrid, donde solía pasar las vacaciones en el Convento de San Felipe el Real, no hubo hombre distinguido en letras ó ciencias con quien dejara de tener comunicación más ó menos frecuente. D. Alfonso Clemente de Aróstegui y Fr. Francisco de Ríambau, de quien dice el P. Méndez (1) que era «sujeto erudito en toda casta de letras humanas y divinas»; los Bibliotecarios de S. M., D. Juan de Iriarte, D. Blas Nasarre y D. Manuel Martínez Pingarrón; los eruditísimos PP. Benedictinos, Diego Mecolaeta, Martín Sarmiento y Domingo Ibarreta; D. Gregorio Mayans y tantos otros con los cuales mantuvo relaciones, ya personalmente, ya por escrito, mediante una continuada correspondencia sostenida por su amor incansable al estudio, que nutrió sólidamente su espíritu de cuanto en las ciencias y en las letras era por entonces objeto de las especulaciones del entendimiento ó inventaba el genio humano. Atesorando así tal caudal de saber y tan claras orientaciones en todas las disciplinas científicas, alumbrada y guiada por ellas su poderosa inteligencia, pudo, al mismo tiempo que penetraba en las más altas enseñanzas de la teología dogmática, cultivar y poner de manifiesto, con la fecundidad y destreza de un polígrafo, los secretos de la historia y de la crítica, sin que escaparan á la

(1) *Vida, escritos y viajes del Rmo. P. Maestro Enrique Flórez*, por Fr. Francisco Méndez, Religioso de la misma orden.—Imp. de José Rodríguez. Madrid, 1860.

actividad incansable de su continuada labor, ni las letras ni las ciencias naturales, ni la poesía ni la mística, porque en todas ellas dejó huellas y destellos vivísimos el extraordinario y fecundo ingenio del sabio religioso agustiniano.

El período de su formación científica y literaria se extendió hasta el año 1739; porque si bien había escrito antes de Filosofía y de Teología dogmática, cuya obra fundamental, en cuatro tomos, comenzada á publicarse en 1732 acabó en 1738, hasta el año siguiente no se consagró del todo á los estudios históricos; habiendo comenzado por publicar en 1743 su *Clave Historial*, con el propósito de escribir y dar á luz después la Geografía eclesiástica de España, de cuya determinación le apartó el Bibliotecario de S. M., D. Juan Iriarte, resolviéndolo á escribir la *España Sagrada*, por la confianza que le inspiraba para tan grande é importante empeño la extensísima erudición histórica y el vigor y claridad del soberano entendimiento del sabio polígrafo, á quien conoció y admiró en el convento de San Felipe el Real de Madrid.

No es mi propósito, ni lo consiente la índole de este trabajo, seguirle paso á paso en la publicación de la *España Sagrada*, según va saliendo á luz, una vez determinado á seguir los consejos y excitaciones de su amigo Iriarte; pero sí me importa dejar consignado, para desarrollo y confirmación del asunto que me he propuesto exponer á vuestra ilustrada atención, que el plan de su colosal obra lo comenzó á meditar y preparar en 1744, en plena edad madura, cuando contaba ya los cuarenta y dos años, habiendo publicado los dos primeros tomos en 1747, mezclando con esta interesante y concienzuda labor, la que empleó en componer un curiosísimo mapa ó cuadro sinóptico de todas las batallas dadas en España durante la dominación romana, que apareció en la *Gaceta* de Agosto de 1745. Desde entonces, consagrado con intensa atención y sin levantar mano á la *España Sagrada*, publicaba por lo menos un tomo cada año, sin que por esto dejara de atender á otros importantísimos asuntos que embargaban de continuo su ánimo, como la correspondencia constante sostenida con Prelados y Cabildos sobre asuntos relativos á códices y documentos de sus respectivos archivos; los viajes por toda España, durante los cuales inspeccionó y examinó los rincones y secretos más recónditos de bibliotecas, archivos y museos, anotando cu-

riosísimos y escondidos documentos de nuestras antigüedad eclesiástica y profana; los dictámenes que tuvo que emitir para responder á los encargos que recibió de los Reyes Fernando VI y Carlos III, como el de la Alcazaba de Granada, que le encomendó este último, con otros muchos que le confiaban sus superiores y hermanos en religión, no obstante las murmuraciones, rencillas y desagradados de que era objeto de parte de algunos otros, que consideraban perdido el tiempo que no se empleaba en las disquisiciones y sutilezas escolásticas, que tan en boga estaban en aquel tiempo en las aulas de los conventos y Universidades.

Con todo pudo y á todo atendió cumplidamente la inteligencia privilegiada de aquel espíritu tan tenaz é invencible en el trabajo, como fuerte y resignado para la amargura y la contradicción, que no le faltaron, como no faltan nunca, como fuego que Dios envía para purificar, de toda clase de impurezas y concupiscencias humanas, toda obra grande y civilizadora de tanta importancia y transcendencia científica como la que había tomado á su cargo el sabio agustino. Para alentarle y desagrararlo de ellas, el Rey Fernando VI, aceptando la dedicatoria que le había hecho del tomo IV que apareció en 1749, tomó bajo su protección la *España Sagrada*, concediéndole liberalmente cuantos medios y recursos necesitara para continuarla. Al efecto, le señaló una pensión anual de 600 ducados en este honrosísimo decreto (1). «Habiendo aplicado todos mis cuidados, desde que Dios fué servido elevarme al trono de estos reinos, á todo lo que importa al bien público de ellos, he querido mirar también con particular atención lo que pertenece á los estudios y buenas letras, facilitando los medios de promoverlas para gloria de la nación y utilidad de mis vasallos. Y habiendo entendido la aplicación y progreso del P. M. Fray Enrique Flórez, del orden de San Agustín, y los libros que ha comenzado á dar al público, del *Teatro eclesiástico de España*, he resuelto señalarle en Tesorería mayor la pensión de seiscientos ducados de vellón, para que pueda continuar sus trabajos é impresión de sus libros. Tendréislo entendido, y le pagaréis con puntualidad. Señalado de la mano de S. M. en Buen-Retiro á diez y siete de Noviembre de mil setecientos cincuenta».

(1) P. Méndez, *ibid.*, cap. VI, pág. 44.

Y como si esto no fuera bastante, para satisfacer su generosa protección pidió y obtuvo, algún tiempo después, de la Santidad de Benedicto XIV para el insigne religioso la alta dignidad de Provincial absoluto de su Orden con todos los honores y exenciones correspondientes.

Nombrado en 1751 Catedrático de Teología de la Universidad de Alcalá, no dejó por esto de proseguir sus trabajos, publicando el mismo año los tomos VI y VII, y en el año siguiente, que apareció el VIII, le sobró aún tiempo para contestar victoriosamente la impugnación que del VII había hecho, bajo el pseudónimo de Joaquín Azur, un D. Juan de Chindurza, conocido y estimado por el autor por sus aficiones á los estudios históricos.

Era de temer que aquel trabajo tan rudo y continuado le hiciera contraer, en 1755, una grave enfermedad de la vista, que le tuvo casi imposibilitado para trabajar durante nueve meses; pero, á pesar de esto, en aquel mismo año dió á luz el tomo XIII, habiendo publicado antes *Los Elogios de San Fernando*, que presentó el día del santo á Su Majestad el Rey.

En 1757, sin dejar de la mano la *España Sagrada*, cuyos tomos seguían saliendo sin interrupción, publicó los dos primeros tomos de *Medallas* de las Colonias, Municipios y pueblos antiguos de España. Y como si esto fuera poco para rendir y agotar aquella prodigiosa actividad mental, se dedicó á la Historia Natural, comenzando á formar un museo que llegó á ser uno de los más importantes de España.

Con la misma pasmosa perseverancia siguió en los años sucesivos publicando en todos ellos uno ó dos tomos de su obra, con los cuales aparecieron en 1771 los dos volúmenes de las *Reinas Católicas de España*, y en 1772 el tercer tomo de *Medallas*, habiendo terminado en 1773 con el tomo XXIX, que fué el último, y el último también de su vida, que, rendida y agotada á fuerza de tanto trabajo, sucumbió, entregando su espíritu á Dios, cargado de merecimientos y virtudes, el 5 de Mayo de dicho año.

Bajó al sepulcro, dejando tras sí perennemente la estela luminosa de la sabiduría, que le ha alcanzado puesto tan alto y preferente entre los cultivadores de la historia patria y de la ciencia española. Pero con el sabio desapareció también el religioso de

vida ejemplar, de tan subida virtud y encendida caridad, que ardiendo siempre en ella tuvo su espíritu enamorado vivamente de Dios y de la salvación de las almas. Benigno, amante del silencio y del retiro, de tan profunda y sincera humildad como acreditan estas hermosas palabras que escribió en uno de sus trabajos espirituales: «¿Cómo era posible que hiciera yo la mitad de lo que hago y tengo hecho si Dios no hiciera toda la costa?» Bien pudo decir el P. Cevallos en la oración fúnebre que pronunció en las exequias del sabio Maestro, refiriéndose á su labor literaria, «que no podía dejar de tener feliz suceso un estudio que comenzaba en Dios, se continuaba en Dios y se ordenaba y dirigía al mismo Dios» (1). De esta verdad, así como de la perfección edificante de su espíritu durante toda su vida, dejó clara expresión y testimonio en su obra de mística titulada *Libro de los libros y Ciencia de los Santos*.

Sólo un espíritu de Dios, que por vivir del todo consagrado á Él recibe los suaves consuelos de sus dones y las clarísimas iluminaciones de la luz de su gracia, puede tener vagar para recrear su mente en los más altos conceptos del amor divino y solazar su corazón en las inefables expresiones de sus finezas, sin dejar por eso de tener constantemente embargada su mente por su *España Sagrada* con la ruda labor á que le obligaba á diario tan pesado é interesante empeño. Porque sobre los graves asuntos que llevaba consigo, y de que dejó hecha mención, estaba constantemente solicitado su pensamiento por otros, de los cuales no podía sustraerse por la propia índole y para mejor garantía y acierto del mismo; como el estudio de la mayor parte de los cronicones conocidos hasta su tiempo, cuyo índice consignó en el tomo XXIII, después de haber descifrado y puesto en claro la mayor parte de ellos, como el de *Idacio*, la publicación de la *Historia Compostelana* y el *Apologético del Abad Samsón*; la de las Cartas y demás obras en prosa y verso de *Alvaro Cordobés*, cuyos textos, que parecían imposibles de descifrar por la falta de cronología y desconcierto y confusión de las copias, aclaró á fuerza de paciencia y trabajo, como el mismo Maestro declara en el prólogo de los tomos XI y XX, haciendo útiles é inteligibles para

(1) P. Méndez: Obra citada, cap. X, pág. 94.

todos aquellos riquísimos manuscritos; el examen de las *Epístolas de San Braulio*, de las cuales adelantó sólo algunos fragmentos de este tesoro en el tomo XXV, no habiendo llegado á publicarlo íntegro, como se proponía, cuando tratase de la iglesia Cesaragustana, de cuya propiedad eran, por haber dejado sin concluir el tomo XXIX, que completó su continuador el P. Risco: á su inteligente actividad, en fin, se debe el conocimiento del famoso Códice gótico de los *Sentenciarios de Tajón*, que del Real Monasterio de San Miguel de la Cogulla pasó á su celda de San Felipe el Real, donde lo tuvo dos años que empleó en copiarlo y descifrarlo, sin que llegara á publicarlo, como las *Epístolas de San Braulio*, por no haberle dejado la muerte, como digo antes, tratar de la iglesia de Zaragoza, á la que también pertenecían.

El interés y admiración que despertó la *España Sagrada* entre sabios y eruditos fué tan general y tan grande, que haciéndose intérprete el Rey Carlos III de la necesidad que todos sentían de la continuación de obra tan importante y trascendental para la historia patria, por Real orden de 8 de Junio de 1773, es decir, al mes de muerto el P. Flórez, encomendó tan difícil y honroso encargo á su hermano en religión el eruditísimo P. Manuel Risco, que era por entonces Regente del Colegio de D.^a María de Aragón, quien, después de haber dado á luz los tomos XXVIII y XXIX, que el sabio Maestro dejó incompletos, siguió publicando hasta el XLII inclusive. Sucedieron al P. Risco los PP. Merino y La Canal, que publicaron hasta el tomo XLVI.

Suprimidas y disueltas las Ordenes religiosas se trasladó á esta Real Academia, por R. O. de 30 de Junio de 1836, el encargo que había sido confiado por aquel monarca á la ínclita Orden agustiniana, con todos los libros, medallas, códices y manuscritos que, habiendo pertenecido al P. Flórez, se conservaban en San Felipe el Real de Madrid y se salvaron del saqueo que en 1808 llevaron á cabo los franceses en esta ilustre Casa, tan realizada por las virtudes y sabiduría de los preclaros hijos de San Agustín que, entre otros merecimientos y honrosos títulos que son ornamento y honor de la Religión y de la Ciencia y avaloran su gloriosa historia, tuvo la dicha de albergar en su seno, durante los años de más actividad y trabajo de su fecunda y edificante vida, al sabio autor de la *España Sagrada*, y á los que de una manera

tan acertada y bienhechora para la cultura española la continuaron, correspondiendo dignamente á la confianza que depositaron en ellos los Reyes de España, que mostraron tan diligente solicitud y celo por la sapientísima labor del inmortal religioso. Después de haberse hecho cargo esta Real Academia de la misión que se le había confiado tan de acuerdo con la naturaleza y fin de su institución, el Pbro. D. Pedro Sáinz de Baranda, ilustre Académico de número de esta docta Casa, respondiendo cumplida y esmeradamente al encargo que de la misma recibiera, publicó anotado y refundido el tomo XLVII, que había dejado incompleto el P. La Canal, quedando al fallecimiento del mismo presbítero, ocurrido en 1853, terminado y en prensa el tomo XLVIII y materiales muy interesantes para XLIX.

Réstame sólo, para completar el asunto que me he propuesto exponer, hacer algunas consideraciones sobre la significación y transcendencia de la *España Sagrada* en los estudios históricos de nuestra patria.

III

El monumento más alto levantado jamás á las glorias españolas le pareció, con feliz acierto, esta obra extraordinaria á un hermano ilustre del P. Flórez, que hace poco bajó al sepulcro dejando un gran vacío en la familia agustiniana, donde habiendo tenido tantas y de tan sólido mérito en todas las manifestaciones del saber, ha sido una de sus glorias más insignes en estos últimos años con mucha honra y provecho de la ciencia y del arte literario en España (1). «Basta hojear, dice este sabio agustino, aquellos veintinueve volúmenes para comprender el improbo trabajo, la inmensa labor que significa la investigación, el hallazgo, coitejo, la depuración escrupulosa, la publicación correctísima de tantos y tantos documentos que redimió del olvido; pero á medida que se ahonda en la lectura, aumenta el asombro al con-

(1) El P. Conrado Muiños, en el discurso pronunciado en la iglesia de Santa María de Villadiego el 17 de Octubre de 1906, con motivo de la inauguración de la estatua erigida al P. Flórez.

templar la crítica certera, la penetración con vislumbre de adivinación verdaderamente estupenda en quien tenía que rehacer la historia entera de España á través del enmarañado bosque de fábulas, invenciones y leyendas.» La historia entera y completa de España fué, en efecto, la obra del sapientísimo maestro, como asegura también el P. Burriel en su informe sobre el tomo III por encargo del Vicario General del Arzobispado de Toledo (1). Porque en una nación como la nuestra, donde no hay gloria nacional que no sea á la vez gloria religiosa, como ha de suceder, y á dicha nuestra sucede; donde la religión ha creado la patria en el tercer Concilio de Toledo, ha informado y alentado toda su vida desde Covadonga hasta Granada, ha inspirado su política y sus nobles ideales en aquellos concilios que eran verdaderas Cortes del Reino, y en la sabiduría y temple de alma de aquellos prelados que eran ministros de sus Reyes y regentes de su pueblo, como Jiménez de Rada, Gelmírez y Jiménez de Cisneros; en una nación cuya ciencia, cuya literatura y cuyo arte, hasta el más profano, hasta el teatro, han nacido, prosperado y florecido á la sombra del santuario; en una nación, en fin, de este carácter y de este modo de ser tan substancial y tan íntimo, escribir su historia religiosa llevaba consigo el gigantesco empeño de escribir su historia social, política, militar, científica y literaria. Esta última, sobre todo, le debe altísimos servicios con la publicación de verdaderas joyas de antiguos manuscritos y códices injustamente olvidados bajo el polvo de los archivos, entre los cuales llevamos hecha mención de algunos de los más interesantes. Pero, con ser esto tanto, lo que avalora sobre todo á la *España Sagrada* y hace de ella un monumento de gloria incomparable para la ciencia española, es que creó la crítica histórica tal como desde su aparición la han seguido todos los historiadores que unánimemente la veneran como maestro y la estiman como la fuente más pura, copiosa y autorizada de nuestra historia nacional.

La verdad fué el único móvil y el único interés de aquella alma generosa; todos los demás intereses le parecieron secundarios é indignos de la ciencia que para él era sagrada. Así se explican las cualidades opuestas y difíciles de conciliar que brillan

(1) Se publicó al frente de este tomo.

en la obra científica del inmortal agustino: una independencia de juicio y un valor á toda prueba juntos con una modestia y sencillez encantadoras.

Para apreciar bien la serie de dificultades con que tuvo que luchar el P. Flórez, conviene recordar que fué tal el crédito que llegaron á alcanzar las fábulas y leyendas amontonadas y propagadas por los *falsos cronicones* que, como dejamos indicado, llegó á considerarse como pecaminoso ó sospechoso á lo menos de tibieza de fe todo acto ó manifestación que fuera contra sus inverosímiles narraciones. Pero movido exclusivamente el sabio religioso de la verdad, á la que tenía rendido su espíritu, y convencido justamente de que á Dios no se le sirve, ni quiere que se le sirva, con la invención ni con la mentira, no vaciló en trocar en crítica serena y escrupulosa la introducida por una piedad equivocada é indiscreta, borrando de nuestra historia santos apócrifos, milagros imaginarios é increíbles tradiciones, y arrostrar sereno é imperturbable el griterío de los falsos devotos, que llegaron á tildarle de escéptico y poco menos que de impío con las tenaces resistencias de un mal entendido patriotismo. Quedaban en el pueblo y aun en el clero español, efecto de las preocupaciones á que dieron lugar las leyendas fabulosas de los *falsos cronicones*, más que suficientes elementos para que la resistencia fuera verdaderamente formidable; mas siempre será verdad que para purgar nuestra historia de invenciones absurdas y purificar nuestras creencias de tradiciones superticiosas, que no consiente la verdad cristiana, no fué preciso aguardar á que lo impusiera la *hipercritica moderna*, sino que del seno de la Iglesia, de las mismas Ordenes religiosas que se suponen, gratuitamente y con manifiesta injusticia, interesadas en mantenerlas, brilló á torrentes la luz que disipó los errores y sembró los gérmenes fecundos de la cultura española.

«Ni entonces ni nunca, dice á este propósito con tanto acierto como elocuencia el P. Conrado Muiños (1), ha necesitado la Iglesia el concurso de la flaqueza humana; porque ni entonces ni nunca ha temido á la verdad: testigo el Papa Clemente XIII, amparando el colosal empeño del P. Flórez con su aplauso, su apoyo

(1) Ibidem.

decidido y extraordinarios privilegios, y testigo León XIII, abriendo á la libre investigación de los sabios los archivos secretos del Vaticano.»

No debo dejar de decir, al llegar á este punto, que con completo dominio de sí mismo y clara conciencia de su deber jamás desconcertaron al sabio maestro sus contradictores, á quienes contestó siempre con exquisita templanza y moderación, siendo cosa digna de ser admirada que en aquella época llamada de las *guerras literarias*, entre tantos libros, folletos y papeles como se publicaban, figura el P. Flórez más de una vez entre las víctimas, pero jamás entre los agresores.

No cabe decir más, ni con más autoridad del sabio agustino, que lo que escribió la primera de nuestras glorias contemporáneas, Menéndez y Pelayo. Dice así el incomparable maestro, refiriéndose á la *España Sagrada*, con la profundidad de juicio y aquella gallardía y elegancia que le eran propias (1): «No ha producido la Historiografía española monumento que pueda parangonarse con éste, salvo los Anales de Zurita, que, nacidos en otro siglo y en otras condiciones, son también admirable muestra de honrada y profunda investigación. Pero el carácter vasto y enciclopédico de la *España Sagrada* la deja fuera de toda comparación posible, sean cuales fueren las imperfecciones de detalle que seguramente tiene y la falta de un plan claro y metódico. No es una historia eclesiástica de España, pero sin ella no podía escribirse. No es tampoco una mera colección de documentos, aunque en ninguna parte se haya recogido tanto caudal de ellos sobre la Edad Media española: cronicones, vidas de santos, actas conciliares, diplomas, privilegios, escrituras, epitafios y antigüedades de todo género. Es también una serie de luminosas disertaciones que tocan los puntos más capitales y oscuros de nuestra liturgia, que resuelven arduas cuestiones geográficas, que fijan la fecha de importantes descubrimientos, que discuten la autenticidad de muchas fuentes y condenan otras al descrédito y al oprobio que debe acompañar á la obra de los falsarios. El mérito de estos discursos es tal, que dentro de nuestra erudición peninsular no tienen más

(1) *Heterodoxos*, tomo I. Advertencias preliminares, segunda edición. Madrid, 1912.

rival que las *Dissertationes* del portugués Juan Pedro Ribeiro, y aun éstas se contraen casi siempre á la ciencia diplomática de que era maestro.»

...«La *España Sagrada* no fué sólo un gran libro, sino un gran ejemplo, una escuela práctica de crítica audaz y respetuosa á un tiempo. El P. Flórez se adelantó á hacer con el criterio de la más pura ortodoxia, pero sin concesión ninguna al dolo pío ni á la indiscreta credulidad, aquella obra de depuración de nuestros fastos eclesiásticos, que á no ser por él se hubiera hecho más tarde con el espíritu de negación que hervía en las entrañas del siglo XVIII.»

Esté espíritu, como asegura el mismo D. Marcelino (1), tuvo muy ligeras manifestaciones en España; pero la tendencia *hipercrítica* que asomó ya en D. Gregorio Mayans y llegó á su colmo en los últimos tomos de la *España crítica* del jesuita Masdeu, se ensañó hasta la exageración en la censura acre y apasionada de documentos de verdadera autenticidad y de sucesos que no se podían negar con ningún fundamento racional. Pero no fué, sin embargo, este pirronismo histórico tan funesto ni de tan perniciosa transcendencia, en opinión del propio Menéndez y Pelayo, como el cismontanismo, que dominando entre muchos de nuestros canonistas iba mezclado y confundido en algunos con ideas políticas vagas, tendenciosas y mal avenidas con la constitución interna y tradicional de nuestra monarquía. Esos fueron los rumbos hacia los cuales se orientó Martínez Marina en su *Ensayo histórico-crítico*, en los que cayó el Canónigo Villanueva, arrasado por su galicanismo, y el apóstata Llorente, á quien fustigó tan acerbamente el Filósofo Rancio, por haber convertido la Historia en libelo para halagar las peores pasiones de su tiempo.

Aunque después de lo dicho por Menéndez y Pelayo de una manera tan sabia y tan hermosa huelga cualquier otro juicio ó elogio, por autorizado que sea, bueno será añadir, para mayor gloria y enaltecimiento del insigne agustino, estas palabras en que el P. Feijóo condensó el juicio que le merecía «un entendimiento claro que llevó consigo la luz que era menester las densas nubes de la antigüedad; una crítica fina y delicada que en fiel

(1) *Ibidem.*

balanza pesa hasta los átomos de las probabilidades; una veracidad tan exacta, que llegaría á pecar de escrupulosa si en esta virtud cupiese nimiedad; un genio felizmente combinativo que hace servir la variedad, y aun el encuentro de noticias, al descubrimiento de las verdades; una destreza tal para colocar en orden todas estas noticias, que la multitud queda muy fuera de la confusión» (1).

Los Padres Mohedanos le tributan entusiastas elogios en el prólogo de su *Historia literaria*. El P. Burriel llama á la *España Sagrada* «luz de la historia eclesiástica española», y escribe de su autor estas hermosísimas palabras: «Baste decir que un varón tan laborioso, cuyo carácter por otro lado es el amor á la verdad y á la razón, sin ningún espíritu de parcialidad, de que se libran tan pocos, el candor amable y la ingenua sencillez, el amor á la patria, prudente y sin ceguedad, la docilidad y deferencia á cualquiera, pero sin abatimiento, sin sujeción necia á la sola autoridad extrínseca, y, en fin, con un espíritu libre de todo género de preocupaciones vulgares; un varón, digo, de estas cualidades, merece ser alabado de todos y también ayudado sin envidia» (2).

D. Aureliano Fernández Guerra, en su *Cantabria*, dice, hablando de la *España Sagrada*, que de ella «ha de partir por necesidad todo cuanto en nuestra historia nacional se haga bien encaminado y fructuoso».

El nombre del P. Flórez pasa la frontera y es recibido en todas partes con la misma admiración que en su patria. La Real Academia de Inscripciones de París le nombra, colmándole de elogios, su socio correspondiente. Brunet afirma que «la *España Sagrada* tiene un interés más general que lo que anuncia su título, porque es manantial abundante donde se encuentra un gran número de documentos exactos sobre la Historia y Geografía de la Edad Media, muchos diplomas inéditos anteriormente, el texto correcto ajustado á los manuscritos de muchos cronicones y trabajos históricos como los de Idacio, San Ildefonso, San Isidoro, etcétera, etc., y por último, un caudal inestimable de datos y noticias antiguas y modernas, con copiosas adiciones y enmiendas

(1) *Cartas Críticas*, t. III, Carta XXXII.

(2) En su información al tomo III, antes citado.

á la Biblioteca de D. Nicolás Antonio». Los continuadores de los Bolandos la llaman *Opus eruditissimum*, y el autor de la Biblioteca Eclesiástica friburguense, contemporáneo del P. Flórez, dice «que su obra tantas veces aplaudida está llena de erudición, así eclesiástica como profana».

Bien puedo terminar diciendo que los hijos de San Agustín recibieron con la *España Sagrada* un honroso y riquísimo legado que conservaron con honor como monumento preclaro de sabiduría y gloria inmortal para la familia agustiniana que, aleccionada por el ejemplo y dirigida por las luminosas enseñanzas del sabio maestro, formó una verdadera escuela histórica que pudiera ser llamada *florenciana*; porque no sólo siguió el mismo criterio y se ajustó á su método, sino que tuvo hasta el propio domicilio de San Felipe el Real de Madrid, donde el esclarecido agustino trabajó la mayor parte del tiempo, y donde tenía y se conservó su biblioteca, sus códices, sus manuscritos, sus medallas y su Museo de Historia Natural, que horrorosamente saqueado todo, primero por la soldadesca de la invasión francesa, fué luego despiadadamente profanado por la furia revolucionaria española de 1835, que, empujada por su codicia y concupiscencia desenfrenadas, sin atajo ni respeto para nada divino ni humano, puso sus manos sacrilegas destruyéndolo, y confundiendo entre sus riunas, sobre aquel riquísimo tesoro, hasta los restos del más sabio historiador del siglo XVIII, no quedando piedra sobre piedra de aquel venerado relicario de la religión, de la cultura y de la ciencia española.


Por este tristísimo suceso pasó, tan mermada y maltrecha, aquella dichosa y riquísima herencia á esta Real Academia con encargo de continuar la obra que dejó encomendada el venerable y sapientísimo maestro á sus hermanos en religión, con tan exquisita diligencia y tanto esmero y acierto atendida por ellos, y arrancada después de tan horrenda y violenta manera de sus manos.

Aceptado tan honroso encargo por esta Academia, le prestó desde el primer momento todo calor y el celo que le imponía la nobilísima misión que tiene de investigar y esclarecer la historia patria, y reclamaba, al mismo tiempo, la importante y transcendental labor para los estudios é investigaciones históricas, de

continuar la *España Sagrada*, á partir desde el punto donde la había dejado el Padre La Canal, último de sus continuadores de la familia agustiniana.

De esperar es que el poderoso patrocinio, tan generosamente concedido para este laudable y benemérito empeño por esta doc-tísima Corporación al ya mencionado Presbítero D. Pedro Sáinz de Baranda, ilustre bibliotecario de la misma, al sabio historiador y Catedrático de la Universidad Central D. Vicente de la Fuente y á D. Carlos Ramón Fort, que parece que tiene desde la muerte de este último plegadas sus alas por causas seguramente superiores al espíritu de cultura y de trabajo que se respira y mueve y estimula, de manera tan perseverante y bienhechora á todos sus individuos, las abra de nuevo, sobre todo ahora, que el Estado atiende con cierta solicitud y liberalidad los estudios históricos, para amparar y alentar una obra que será siempre honra de esta Real Academia, y luz y ornamento de la cultura y de la historia nacional.

OBISPO DE MADRID-ALCALÁ



Las primeras colonias escolares del Ave-María

Cómo empezaron las Escuelas del Ave-María.

Comienzo á escribir estas páginas, en las cuales se hablará de la historia de las Escuelas del Ave-María, á petición y ruego de varios amigos de dichas Escuelas, para que, si algo bueno hay en ellas, siendo conocido, sea copiado y mejorado, y se difunda y extienda. Ceda, pues, el peligro de vanidad é inmodestia ante las consideraciones del bien público, y pongamos, con la ayuda de Dios, manos á la obra.

Allá, por el año 88 del siglo que pasó, resolvía yo en mi mente la idea de fundar una escuela para los niños pobres del Camino del Sacro-Monte de Granada y sus contornos, y me ocurrió lo siguiente:

Canónigo en la Colegiata Magistral del Sacro-Monte y Cate-drático de Derecho en la Universidad de Granada, iba á diario de uno á otro punto montado en una pollina, único automóvil por entonces usado.

Cuando he aquí que, á poca distancia del camino que llevaba, oigo canturrear á un grupo de niñas, semejando en el sonsonete á una escuela de las usuales. Me apeo de la burra, asciendo por la vereda y hallo, en la boca de una cueva, á un grupo de niñas y párvulos, que no excederían de diez, alguno de los cuales tenía la tez y el vestido de gitano.

Presidía esta especie de escuela de cueveros ó trogloditas una mujer pequeña de estatura y no bien nutrida ni trajeada, quien había plantado entre aquellos verdes nopales y ahumadas cuevas

N.º	Fecha	DOCUMENTO	Enviado a	Fecha envío	Fecha devolución
-----	-------	-----------	-----------	-------------	------------------

--	--	--	--	--	--

--	--	--	--	--	--

--	--	--	--	--	--

--	--	--	--	--	--

--	--	--	--	--	--

--	--	--	--	--	--

--	--	--	--	--	--

--	--	--	--	--	--

--	--	--	--	--	--

--	--	--	--	--	--

--	--	--	--	--	--

--	--	--	--	--	--

--	--	--	--	--	--

--	--	--	--	--	--

--	--	--	--	--	--

--	--	--	--	--	--

--	--	--	--	--	--

--	--	--	--	--	--

